

1

¿QUÉ ES Y QUÉ NO ES LA ESPIRITUALIDAD?

Teófilo Cabestrero cmf.

SUMARIO

Introducción General

Primera parte

Revalorización y auge actual de las “espiritualidades

- Primera constatación: es un fenómeno importante en la evolución de la “experiencia humana
- Segunda constatación: hay sed de espiritualidad
- Tercera constatación: es enorme la variedad y la ambigüedad actual de las espiritualidades
- Resumiendo: el fenómeno socio-religioso del auge actual de las espiritualidades nos brinda dos grandes luces

Segunda parte

Luces sobre la espiritualidad en la historia reciente

- De las dos Guerras Mundiales al Concilio Vaticano II

Tercera parte

¿Qué es y qué no es “espiritualidad”?

- Primero, ¿qué no es “espiritualidad”?
- ¿Y qué es la “espiritualidad”?
- Tres principios esenciales comunes a todas las “espiritualidades”

Introducción General

Los cinco temas de este programa, forman un breve curso sistemático de teología espiritual. En él ubicamos en el auge y en la variedad actual de las “espiritualidades”, la “experiencia espiritual” de Jesús de Nazaret, como fuente de toda espiritualidad cristiana en esta época llamada con razón “inter-espiritual”. Los cinco temas están relacionados entre sí, como partes de un tema general que va concretándose a lo largo de las cinco exposiciones.

El objetivo general es prender luces que nos ayuden a clarificar ideas y a mejorar costumbres y prácticas, en un asunto tan actual y vivo como este de las “espiritualidades”. Quisiera ayudar sobre todo a identificar bien “nuestra espiritualidad cristiana”, que, en cualquier estado de vida eclesial (laicos o religiosos y religiosas) consiste en prolongar en nuestras vidas la “experiencia espiritual” de Jesús.

Este primer tema es sobre nociones básicas. Pero, no daré definiciones abstractas, sería aburrido y nada vivo. Vamos a asomarnos al interesante fenómeno social y religioso de la revalorización y el auge actual de las “espiritualidades”. Esto nos abrirá los ojos a buenas nociones desde la vida, que completaremos con algunos hechos de la historia reciente de la espiritualidad. Obtendremos así luces suficientes para responder a la pregunta básica de ¿qué es y qué no es “espiritualidad”? Tres partes, pues, tiene este tema: 1ª, el fenómeno socio-religioso de la revalorización actual de las “espiritualidades”.; 2ª, algunas luces de la historia reciente de la espiritualidad; y 3ª, ¿qué es y qué no es “espiritualidad”? La primera parte es más extensa, y las otras más concisas.

Primera Parte

Revalorización y auge actual de las espiritualidades

Sobre este fenómeno socio-religioso, describo tres constataciones.

Primera constatación: es un fenómeno importante en la evolución de la “experiencia humana”

La revalorización y el auge actual de las “espiritualidades” es una experiencia creciente que vivimos y observamos en toda la humanidad desde la segunda mitad del siglo pasado y en las últimas décadas. Se trata de un fenómeno de gran significado e importancia en la evolución histórica de la “conciencia” y de la “experiencia” humana.

La “espiritualidad” es una dimensión inherente a toda persona humana, dado que la persona es un “ser espiritual”. Por eso la “espiritualidad” acompaña a la humanidad desde sus orígenes, pero, la “conciencia” de la necesidad y de la vivencia de esa dimensión, y su búsqueda y activación o cultivo consciente en la vida cotidiana, evoluciona y tiene altibajos en el proceso de la historia humana; a veces está dormida esa “conciencia”, y a veces, por

determinados acontecimientos y vivencias religiosas o simplemente humanas, despierta, se activa y crece.

Hoy es tan viva esa “conciencia” de la necesidad de la espiritualidad, es tan fuerte la tendencia a buscar y vivir una u otra forma de “experiencia espiritual” o “espiritualidad” (cristiana o de alguna religión, o simplemente humana) que hasta podemos decir que “está de moda” y se va convirtiendo en fenómeno de masas. Y el hecho de que las “espiritualidades” se hayan puesto de moda y se generalicen, tiene su lado positivo, pero tiene también su lado negativo, porque en lo que se busca y se practica por “estar de moda”, entra la superficialidad, abundan los falseamientos y se van convirtiendo las vivencias en productos de consumo.

Por eso en el auge actual de las espiritualidades, a la vez que se cultivan “experiencias espirituales” o “espiritualidades” de buena calidad, también son abundantes las “experiencias espirituales” y “espiritualidades” *light*, superficiales y vacías, complacientes, egocéntricas, interesadas y hasta narcisistas, sin verdadera calidad religiosa ni humana, más bien intimistas y espiritualistas: divorciadas de la vida real, se practican de espaldas a los sufrimientos del propio pueblo y de la humanidad. Y esto sucede también en las Religiones y en nuestras Iglesias cristianas.

Para verlo no hay más que asomarse con ojos lúcidos a la producción, venta y consumo de libros y folletos de espiritualidad, tanto religiosos como psicológicos o de relajación espiritual, meditación trascendental, armonía, paz y autoestima. Y asomarse también a las reuniones de oración, retiros y ministerios de diferentes grupos y movimientos, para ver qué espiritualidades se buscan, se predicán y se aplauden más.

Y como las diferentes “espiritualidades” no se viven solo desde la religión o la fe cristiana, sino también desde la psicología, desde la cultura y desde todos los factores de la vida humana colectiva y personal (incluso desde la economía y las ideologías), si nos asomamos a otro tipo de foros, veremos a grupos de hombres y mujeres de empresa, de la banca, del comercio y de otros gremios, buscando y cultivando “experiencias de espiritualidad”: por ejemplo, los llamados “Hombres de negocios del Evangelio completo”; y los grupos, sectores y personas que están asumiendo alguna de las corrientes de “espiritualidad” de la “Nueva Era” (*New Age*: “amasijo espiritual” del vigente sistema ideológico y económico neoliberal) o alguna de las muchas corrientes espirituales que conforman esta época nuestra, que siempre va a ser ya “inter-espiritual”.

Cada persona humana (como “ser espiritual”) y cada grupo o pueblo, y toda actividad humana, pueden tener sus diferentes “espiritualidades”. Fíjense que hasta en el proyecto político que lleva adelante el presidente Bush con sus asesores, están jugando con dos tipos bien diferentes de “espiritualidad”: la “espiritualidad aparente” de los discursos y de la imagen con que se presentan y se encubren, es una espiritualidad de servicio a la libertad y a la democracia en todos los pueblos; pero, la “espiritualidad real” con que actúan es una espiritualidad de dominación y explotación de los recursos de los pueblos, y de hegemonía en el comercio mundial; una espiritualidad imperialista.

Segunda constatación: hay sed de espiritualidad

Este fenómeno actual de revalorizar, buscar y cultivar alguna espiritualidad, y de caer en la tentación de “utilizar” y manipular la espiritualidad, responde a necesidades profundas. A medida en que la vida se ha vuelto más compleja, la humanidad viene sintiendo una creciente “sed de espiritualidad”. Detrás, provocando esas necesidades y despertando esa sed, hay profundas experiencias humanas negativas y también positivas, tanto personales como colectivas.

Experiencias negativas de grandes ambiciones, fracasos y decepciones, guerras y tragedias muy crueles, perversiones, abusos y tremendas catástrofes (provocadas o naturales) con miles y hasta millones de víctimas. Y experiencias positivas de logros y descubrimientos o avances en las investigaciones científicas y tecnológicas que son de gran impacto, porque provocan enormes cambios acelerados en las costumbres y en las formas de vida, y entrañan riesgos tremendos y abusos de esos descubrimientos y avances tecnológicos.

Todas las experiencias negativas o positivas que resultan “traumáticas” para los humanos, porque nos remueven el suelo de lo acostumbrado, provocando crisis de cambio profundo hacia lo incierto y desconocido, o que nos desengañan, nos crean ansiedad y nos ponen al borde del abismo, nos despiertan la necesidad y la sed de lo “espiritual” para recuperar la paz, el equilibrio y la energía de vivir con esperanza. Todo eso impulsa las búsquedas de “espiritualidad”. Todas las experiencias significativas e impactantes o traumáticas vividas en la realidad cotidiana (quizás más aún las experiencias negativas que las positivas) despiertan y activan las energías dormidas del “espíritu de vida” que habita en las personas, y que, ante los acontecimientos que nos afectan, nos zarandean y nos ponen en crisis, reacciona “espiritualmente” con “imperativos existenciales” que nos dicen: “hay que superar esto!”, “hay que trascender!”, “sobreponerse”, “cambiar”, “seguir adelante”...

Es impresionante la “energía espiritual” que regenera a las personas y a los pueblos frente a las adversidades, cuando se reacciona con lo mejor del “espíritu humano” o se recurre al “Espíritu de Dios”. Entre los años 70 y 80, el filósofo francés Jean Paul Sartre poco antes de morir dejó dicho algo que él observó en una persona cuya regeneración le cambió su filosofía pesimista sobre el ser humano: *“lo más determinante en la vida de cada ser humano, no es lo que le sucede o lo que le hacen a uno, sino lo que uno haga con eso que le sucede o le hacen a uno”*. Palabras que merecen ser recordadas como una clave de “espiritualidad”.

Tercera constatación: Es enorme la variedad y ambigüedad actual de las espiritualidades

Ciertos fenómenos actuales, como las migraciones, las comunicaciones por los diferentes medios, y la misma globalización, nos van haciendo conocer a todos la gran variedad de “espiritualidades” diferentes que se viven en la humanidad. Y esto hay que verlo y vivirlo como positivo, ya que quien no lo ve en positivo puede estar sufriendo el

shock del “racismo espiritual”: menospreciar o despreciar las “otras” espiritualidades, desde el complejo de creer que la suya es superior o la única buena y verdadera.

Para ver la existencia de diferentes espiritualidades como algo normal y positivo (sin complejos de superioridad ni de inferioridad) basta pensar que “espiritualidad” viene de “espíritu”; y que las diferentes “espiritualidades” son inevitables y necesarias modalidades distintas de vivenciar el “espíritu”; modos o maneras diferentes de activar la experiencia humana del “espíritu”. Inevitables y necesarias, porque toda persona humana es “espiritual”, pero no con “espíritu desencarnado”, sino con “espíritu corpóreo”: espíritu trascendente, sí, pero al mismo tiempo corpóreo, corporal. ¿Qué quiere decir esto?:

Que todas las personas vivas activamos, canalizamos y expresamos o vivimos la energía y los dinamismos del “espíritu” “corporalmente”, a través de todo el instrumental corpóreo: cerebro, entendimiento, voluntad, afectos, pensamientos, deseos, sentimientos y todos los miembros y sentidos del cuerpo: ojos, oídos, manos, pies, etc., etc, y lengua y lenguaje, voz y palabras. Y todo eso funciona siempre “inculturado”, es decir que el espíritu humano, por ser corpóreo, es también inculturado: ya desde muy niños lo ejercitamos y lo moldeamos dentro de cada cultura, de cada cosmovisión, según las propias tradiciones espirituales y tal vez según la religión o religiones de cada cultura; o desde fuera de la religión o religiones (porque en todas las culturas puede haber personas agnósticas o ateas, que, como personas que son, tienen espíritu y espiritualidad humana) pero, todos activamos siempre el espíritu desde dentro de una u otra cultura, raza, etnia y lengua, o de un concreto mestizaje de culturas razas, etnias, lenguas. ¿Cuántas lenguas están vivas ahora en todo el mundo? Según un informe especializado divulgado en febrero de 2004, 6.700 lenguas. Y dice ese informe, que cada mes mueren dos lenguas, y que “un idioma nunca muere solo, pues con cada lengua desaparece una cultura” ¿Cuántas lenguas se hablan en Guatemala? Creo que al menos 20. Decir “lenguas diferentes” es decir culturas y espiritualidades diferentes.

Y la variedad de las espiritualidades no se mide únicamente por la variedad de las culturas. Otros muchos factores (sicológicos, temperamentales, educacionales, económicos e ideológicos) pueden diversificar también las espiritualidades. Dentro de una misma cultura o religión y de una misma Iglesia, hay gustos, tendencias, mentalidades, aptitudes y aficiones o devociones diferentes, que generan o hacen elegir distintas espiritualidades. Si observamos bien cualquier parroquia concreta, esta misma parroquia, veremos grupos, movimientos y asociaciones que cultivan espiritualidades diferentes; en algunos casos, demasiado diferentes. Y el caso inverso se da en abundancia: gentes de culturas y lenguas diferentes viven la misma espiritualidad, aunque, como es lógico, en distintas expresiones lingüísticas y culturales.

Podemos afirmar que no hay límites para la variedad de las espiritualidades, dado que entran en juego tantos factores condicionantes de las espiritualidades, y que pueden darse también, y de echo se dan, espiritualidades falsas, equivocadas o desviadas, bien sea por ignorancias, por error, por trastornos sicológicos y enfermedades mentales o afectivas, o por razones interesadas y egoístas. Y hay que contar con que abundan los casos en que por odio, envidia, orgullo o venganza y otras maldades y tendencias negativas de la condición humana, se embarcan las personas en “experiencias espirituales” negativas y

perversas. O sea que, además de toda la variedad de espiritualidades positivas, liberadoras y constructivas de la vida que vienen creciendo en la humanidad, el abanico se amplía con variadas experiencias espirituales o espiritualidades vacías o falsas y estériles, y con otras que incluso son negativas y hasta perversas o destructivas de la vida.

A muchos de ustedes puede extrañarles que llamemos “espiritualidades” a experiencias que son malas, perversas y destructivas, si nunca lo han oído ni lo han pensado. Y es que estamos acostumbrados a entender las palabras “espiritual” y “espiritualidad” solo en sentido positivo, como si solo pudieran significar algo “bueno”, nunca algo que no sea “bueno”, y menos aún algo que sea “malo”. Pero, fíjense que, para empezar, todos sabemos que puede haber y hay espiritualidades falsas, equivocadas, vacías, desencarnadas o “espiritualistas”, incluso egoístas, narcisistas, y ninguna de esas es “buena”...

En segundo lugar, no olvidemos que los Maestros Espirituales, en todas las Religiones y en el acompañamiento espiritual cristiano, siempre han dicho y siguen diciendo que hay “espíritu bueno” y hay “espíritu malo”. Y que, por eso, en la vida espiritual hay que practicar el “discernimiento de espíritus”, para descubrir si las mociones, los deseos, los sentimientos que nos mueven, los proyectos de vida y las acciones que practicamos, a ver si proceden del “buen espíritu” o del mal espíritu”. Y nosotros queremos decir lo mismo cuando, en nuestro lenguaje humano, decimos que en las palabras y en las acciones o en la conducta de las personas puede haber “buena intención” o “mala intención”, “buenos sentimientos” o “malos sentimientos”, “buenos deseos” o malos deseos”...

Analícemos un ejemplo sencillo: ¿por qué ciertas palabras malsonantes que nos dicen, llegan a veces a ofendernos y a herirnos profundamente?, ¿es por el sonido material de esas palabras? No, porque esas mismas “palabrotas” se pueden decir con amor, con cariño, y entonces a nadie ofenden ni hieren. Lo vi claro en Nicaragua, los nicas son artistas hasta en eso ser “mal hablados”, y vi como la mamá le decía con gran cariño a su hijo “ven acá hijueputa” y el hijo no se ofendía, no le dolía... Nos duelen y nos hieren ciertas palabras cuando sentimos en ellas la fuerza del espíritu malvado con que nos odia y desprecia quien nos las dice. Las personas nos comunicamos “espiritualmente” por medio de la palabra y de los gestos y el tacto: el apretón de manos, el abrazo y la caricia, o los golpes y las patadas. Y lo que sentimos no es la fuerza física sino la fuerza espiritual, porque el espíritu humano actúa corporalmente, es corpóreo.

Sabemos que las personas disponemos de poderes de la mente o del espíritu, y que hay poderes mentales “benéficos” y también poderes mentales o espirituales “maléficos”. Todos tenemos experiencias del poder del amor, y del poder del odio: el amor construye (a quien ama y a los seres amados), el odio destruye (a quien odia y a sus víctimas): y los dos son poderes espirituales: del “buen espíritu” y del “mal espíritu”. Sabemos todos que mucha gente recurre a prácticas o experiencias esotéricas o espiritistas, ocultistas, de adivinaciones, de buena o mala suerte, y también de proyectar maldad, venganza y desgracia o algún accidente mortal contra alguna persona o una familia: hay poderes mentales y espirituales “maléficos”.

Y vemos cada día que muchos no sólo lo desean, sino que lo hacen o lo mandan hacer: abunda en el país la profesión de “sicarios”; y hay un libro famoso del que un buen director de cine hizo una película hace unos tres años, titulados el libro y la película “*La Virgen de los sicarios*” que tienen sus devociones y su “espiritualidad” para hacer exitosa su profesión malvada. Algunos dicen que abundan ahora la práctica de la brujería y de los ritos satánicos. Es sintomático el libro reciente de un autor italiano (traducido a otras lenguas) que quiere ayudar a los jóvenes de nuestros días a evitar los caminos de perdición de diferentes “espiritualidades negativas y perversas”, titula su libro “Los jóvenes y el esoterismo”, con el subtítulo de “

Y, por si todo eso fuera poco, hay hechos claros y clamorosos en la historia de las religiones y de las Iglesias. Hechos pasados, la Inquisición, que perseguía, torturaba y quemaba vivas a personas que consideraban “herejes”, incluso sin que lo fueran: algunas de esas personas quemadas fueron después canonizadas; y se hacía llamar la Santa Inquisición, y lo hacían de buena voluntad, para salvar el “alma” de esas personas las quemaban vivas en plaza pública, en medio de rezos y predicaciones: “espiritualidad maléfica”... Y las Cruzadas, las “guerras santas” matando infieles o herejes... Hechos actuales: los fundamentalismos y fanatismos de ciertas religiones, que llegan al extremo abundante hoy de los suicidas-terroristas que viven la espantosa “espiritualidad martirial” de morir matando... Lo hacen porque les han introyectado la creencia fanática de que así son mártires y van al Paraíso!

Mi teoría explicativa de todo eso es que la energía o las fuerzas y dinamismos vitales del espíritu, que las personas humanas podemos y debemos activar, vivenciar y canalizar por las tendencias positivas de nuestra condición humana al servicio de la vida, también las podemos activar, vivenciar y canalizar por las tendencias negativas de nuestra misma condición humana, y entonces son fuerzas, energías y poderes espirituales puestos al servicio de la destrucción de la vida en nosotros mismos y en los demás, aunque no seamos conscientes de ello y aunque creamos que debemos hacerlo. Siempre es posible esta enajenación y esta locura se aloje en la mente humana.

Y tengo la convicción (confirmada por la experiencia y las ciencias humanas, y por la revelación bíblica) de que en las tendencias negativas de la condición humana, hay un potencial de egocentrismo o egoísmo instintivo que se agiganta en el afán de seguridad y ambición de poder y grandeza, y es capaz de apropiarse de la fuerza vital del espíritu humano y del Espíritu de Dios; un potencial que puede cegar y ensordecir a cualquiera, y hacerle hacer lo peor con la conciencia ciega y sorda...

Resumiendo: el fenómeno socio-religioso del auge actual de las espiritualidades nos brinda dos luces

Para el desarrollo positivo de los temas, recojamos dos grandes luces que nos brinda el fenómeno socio-religioso del auge actual de las espiritualidades.

1. Gran luz es ver que la espiritualidad no es una marca ni un producto exclusivo de ninguna Religión, ni tampoco del Cristianismo, sino que es patrimonio universal de toda la especie humana. No hay una persona sin espíritu humano, y el Espíritu del Dios de la vida está tan repartido por el universo y tan universalmente conectado con el espíritu humano, que no hay persona sin espiritualidad, dentro o fuera de las Religiones y del Cristianismo. Por eso, como actitud vital, lo más realista y lo más sabio en esta era inter-espiritual de la humanidad, es reconocer la espiritualidad de la vida humana, con sus muchas variantes, y reconocer también las espiritualidades que se viven en las diferentes Religiones, además de conocer nosotros, los cristianos y cristianas, la experiencia espiritual o espiritualidad de Jesús de Nazaret, Cristo y Señor de nuestras vidas, y de reconocerla y asumirla como fuente de nuestra espiritualidad cristiana de bautizados y bautizadas en Cristo-Jesús. Y ver qué relaciones nos hace ver el Espíritu entre los tres niveles o formas de espiritualidad: humana, religiosa y cristiana.

2. Y otra gran luz es el hecho de ver que en el auge actual de las espiritualidades, “no es oro todo lo que reluce”. Hay que discernir o distinguir con objetividad y honestidad entre auténticas y falsas espiritualidades, entre las espiritualidades que humanizan la vida y las que la deshumanizan o la pervierten y la destruyen. Esta una buena clave de discernimiento de las espiritualidades, ya que, tanto en lo humano, como en las Religiones y en el Cristianismo, las espiritualidades que no humanicen a las personas y sus vidas, y las que las deshumanicen, son perversas.

Completemos estas luces, con algunas otras recogidas de la historia reciente.

Segunda Parte

Luces sobre la espiritualidad en la historia reciente

De las dos Guerras Mundiales al Concilio Vaticano II

La primera Guerra Mundial duró de 1914 a 1918. Dejó más de 10 millones de muertos y unos 20 millones de heridos, y causó gravísimas perturbaciones en la vida económica y social de los pueblos. La segunda Guerra Mundial duró de 1939 a 1945, y fue un durísimo conflicto global en el que todas las potencias mundiales lucharon contra el eje del fascismo nazi concentrado en Alemania, Italia y Japón. La barbarie nazi en su empeño por eliminar las razas y colectivos humanos que consideraban despreciables e inferiores a su raza aria, mató a 6 millones de judíos en las cámaras de gas y hornos crematorios de los campos de muerte. Los países implicados en esa guerra fueron 30 y el fuego desplegado en los 6 años de contienda mató a 60 millones de personas. La primera guerra Mundial mató sobre todo a soldados, y la segunda, mató a soldados y a civiles, mitad y mitad.

Después de la traumática experiencia de tales horrores, que destrozaron tantísimas vidas, grandes ciudades y economías de todo el mundo, y los sueños, ideologías e ilusiones

de la humanidad en proporciones increíbles, se despertó en el mundo una insaciable sed de vida, y se valoró lo vital y existencial, muy por encima de las teorías y lo racional. Y en la Iglesia brotaron movimientos hacia la Biblia, hacia la liturgia viva, hacia la espiritualidad y la comunidad, y hacia lo social. Desde entonces comenzó a interesar más situar la espiritualidad en la vida real, que discutir su formulación doctrinal en base a teorías de escuelas (escuela dominicana, escuela jesuita, escuela teresiana o carmelita y escuela franciscana) escuelas que durante siglos han llenado de disputas doctrinales la agenda de los especialistas en espiritualidad, formulada como “Ascética y Mística”.

Los movimientos en la Iglesia, que primero eran minoritarios y buscaban caminos de evangelio en la vida herida del mundo, crecieron y llegaron a ser los movimientos de renovación bíblica, patrística, litúrgica, espiritual, apostólica y social, que precedieron al Concilio Vaticano II como la aurora precede al sol, y metieron en el aula conciliar las luces de la renovación espiritual y eclesial.

Sobre la “espiritualidad cristiana” no es el momento de abundar, será el tema de la última conferencia. Me limito ahora a recordar dos aportes decisivos del Vaticano II a la espiritualidad cristiana: uno es la vuelta de la vida y la misión de la Iglesia a Jesús en los evangelios, para vivir su “experiencia espiritual” al servicio de la vida, solidarios con toda la humanidad en el mundo de hoy. Este aporte se concentra en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*.

El otro gran aporte del Vaticano II a la “espiritualidad cristiana” es la declaración de que todos los cristianos estamos llamados a la santidad, cualquiera que sea nuestro estado de vida. O sea: la espiritualidad cristiana vivida hasta el grado de santidad es para todos los bautizados y bautizadas, ya seamos laicos o religiosos o diáconos, presbíteros, obispos o papas. La “espiritualidad” no es privilegio de ningún grupo o élite, sino que es el camino de vida abierto a todos los miembros del Pueblo de Dios. Ya que todos los bautizados y bautizadas recibimos en el Bautismo “*la unción del Santo*”: es decir, participamos del Espíritu de Jesús, por el cual “*los fieles todos y todas de cualquier condición y estado que sean, son llamados por Dios a la perfección de la vida santa con que Dios-Padre es perfecto*” (LG 11,35,38; y todo el capítulo V titulado *Vocación universal a la santidad en la Iglesia*, LG 39-42).

Pero en esta conferencia primera lo que más debemos resaltar es el excelente aporte del Concilio Vaticano II a la visión universal de “las espiritualidades” en toda la humanidad. Está este aporte en la Constitución pastoral de la Iglesia, *Gaudium et Spes*. Ahí el Concilio hace profesión de fe en que el Espíritu del Señor llena el universo (GS 11). Hace profesión de fe en que “*el Espíritu de Dios, que con su admirable providencia dirige el correr de los siglos y renueva la faz de la tierra, está presente*” y activo en la evolución de la conciencia y en la actividad de los humanos hacia el bien común, la dignificación de las personas y la humanización de la vida, don sagrado del Espíritu que es “*Señor y dador de vida*”, como decimos en el Credo (GS 26).

Cree el Concilio que “*el Verbo de Dios*” antes de encarnarse “*estaba ya en el mundo como luz que ilumina a todos los humanos*” (cita de Jn 1,9-10, en GS 57). Por eso respeta el Concilio la autonomía de las culturas, y ve y venera las “semillas del Verbo” y

las sabidurías y tradiciones espirituales sembradas o suscitadas por el Espíritu en todas las Religiones, y en el corazón y las acciones de los hombres y mujeres de buena voluntad. Por esto cree el Concilio que toda actividad humana que mejore la vida es conforme con el Proyecto de Dios, y es materia prima de “experiencia espiritual”, de “espiritualidad”. Afirma así y propone el Concilio, la convergencia entre el positivo dinamismo humano en la historia y la “*dínamis*” o fuerza vital del Espíritu del Dios creador y salvador.

Más aún: en la GS, el Concilio hace profesión de fe en la “dignidad sagrada de la persona humana” por ser “imagen de Dios” (GS 12). Y afirma la presencia en todo hombre y mujer de “*un cierto germen divino*” (GS 3) como en seres tocados por el aliento vivificante de Dios: el soplo del Espíritu de vida. Dice el Concilio que en todas las personas de buena voluntad “*actúa esa Gracia de modo invisible*” (GS 22 y 38).

Así ensancha o amplía el Vaticano II la visión de la “espiritualidad” a todos los humanos. Y propone una estrecha vinculación entre la “experiencia espiritual” de los cristianos y cristianas (experiencia del Espíritu del Señor resucitado) y la “experiencia espiritual positiva del espíritu humano” (GS 39 y 40). A los cristianos y cristianas, el Espíritu del Señor nos conduce a una entrañable solidaridad con toda la familia humana en “sus gozos y esperanzas, tristezas y angustias” (véase en GS 1). Por eso hay que concluir esta segunda parte, diciendo que los aportes mayores del Vaticano II a la visión y la vivencia de las “espiritualidades”, insisten en dos vertientes convergentes: una, en afirmar la presencia del Espíritu de Dios en la vida y en la actividad positiva de todas las personas en la historia en orden a mejorar y humanizar la vida, promoviendo su “espiritualidad humana” (sean cristianos o no, y sea que practiquen alguna religión o ninguna religión); e insiste el Concilio en otra vertiente: en reubicar la “espiritualidad cristiana” de los bautizados y bautizadas en Cristo en esa misma historia, en solidaridad y en servicio a toda la familia humana siguiendo a Jesús, el Señor, por su Espíritu.

Tercera Parte

¿Qué es y qué no es “espiritualidad”?

Con las luces recogidas del auge actual de las espiritualidades y de su historia en el siglo XX, y sobre todo de los aportes del Concilio Vaticano II, podemos reducir esta parte conclusiva a responder en forma esquemática a la pregunta fundamental: ¿qué es y qué no es “espiritualidad”?

Primero, ¿qué no es “espiritualidad”?

Cuatro negaciones:

1. La espiritualidad no es algo impalpable, aéreo, invisible y alejado de la vida humana normal. Las palabras “espíritu”, “espiritual” y “espiritualidad” no significan algo que no se ve, ni se palpa, ni se siente. Y la persona humana no se compone por una parte de la materia

o del cuerpo (que se ve, se toca, se siente y deja sentir) y por otra parte del espíritu o alma que estuviera dentro y fuera invisible. No hay espíritu dentro de nuestro cuerpo, sino que somos todo cuerpo y espíritu en una sola pieza: cuerpo espiritual o espíritu corpóreo. La persona es en una sola pieza “materia espiritual” o “espíritu material y corpóreo”, que se activa, siente, se expresa y actúa a través de toda su corporeidad. Y cuando abrazamos el cuerpo de una persona o le damos un apretón de manos o un beso, abrazamos o apretamos y besamos su espíritu.

2. La espiritualidad no es tampoco la vida únicamente interior y secreta de la persona, ya que la persona es una interioridad que se exterioriza viviendo en relación externa con los otros y con sus circunstancias, sus contextos de la realidad histórica, y en relación con la naturaleza viva envolvente y condicionante.

3. No es “espiritualidad” la teoría sobre la espiritualidad, aunque esté bien formulada de viva voz o por escrito. Yo puedo ser Doctor en teología espiritual y saber muy bien la teoría de la espiritualidad y pasarme la vida explicándola, sin tener personalmente buena espiritualidad, sin vivirla.

4. Las prácticas religiosas, en el Cristianismo o en otras Religiones, pueden y deben fomentar o impulsar la espiritualidad; y la espiritualidad debe fortalecerse, purificarse y crecer a través de las prácticas religiosas de la fe cristiana o de otras Religiones; pero, las prácticas religiosas no son en sí mismas la espiritualidad en ninguna Religión ni en el Cristianismo. Incluso puede haber muchas prácticas religiosas sin nada de espiritualidad; y hasta puede haber prácticas religiosas que impidan o bloqueen la auténtica espiritualidad y fomenten espiritualidades falsas (por ser prácticas religiosas o cristianas desviadas y de mala calidad o porque se hacen y se viven mal).

¿Y qué es la “espiritualidad”?

La noción que mejor ayuda a entender adecuadamente lo que es “espiritualidad”, es la categoría antropológica llamada “experiencia”. La espiritualidad es “experiencia espiritual” personalmente vivida. Si descodificamos y exploramos un poco cada una de estas dos palabras (“experiencia” y “espiritual”) tendremos una buena comprensión de la “espiritualidad”.

Sobre la palabra “experiencia”. Los filósofos y antropólogos encuentran difícil entender y explicar la categoría “experiencia”. Pero hay un punto común que es claro e iluminador para nuestro objetivo, y es que la “experiencia” produce un saber o un conocimiento de lo que se tiene “experiencia”, diferente de los otros modos de conocimiento; porque no es un conocimiento teórico e intelectual o científico, sino un conocimiento vivo y práctico, conocimiento vital que alcanza la esencia de la realidad que se ha experimentado, y queda en uno precisamente como “experiencia sabia”, como “sabiduría”.

El conocimiento teórico, intelectual o científico (conocimiento indirecto, por información o estudio y laboratorio) no puede dar lo que da el conocimiento “en vivo y en

directo” por experiencia propia: porque se ha practicado y se ha sentido algo, se ha vivido y gozado o sufrido, se ha “experimentado”. Fíjense en que una cosa es conocer de qué se compone el vino, y otra cosa es tener experiencia personal del vino: por conocer científicamente los componentes del vino, nadie se ha emborrachado...

Se puede tener “experiencia” de las diferentes realidades, situaciones, hechos y oficios o actividades de la vida. No solo existe la “experiencia espiritual”, sino también la “experiencia profesional”, la “experiencia deportiva”, la “experiencia artística”, la “experiencia amorosa”, etc., etc., pero, solo la “experiencia espiritual” se puede activar y vivir en la práctica de cada una de las otras “experiencias” y más allá de ellas.

Hay que advertir que la “experiencia” puede tener distintos niveles de calidad. Puede ser más o menos positiva, profunda y duradera, o puede ser más o menos negativa, superficial y pasajera. Dependiendo de la intención con que se busque, y de cómo se viva. Muchas experiencias son superficiales, momentáneas y pasajeras. No dejan nada y son pérdidas de tiempo, o dejan remordimiento de conciencia o vacío existencial. Por eso no merecen llamarse “experiencia”.

Porque la verdadera “experiencia humana” incluye la “conciencia” de la experiencia. No tener conciencia o no tomar conciencia de la “experiencia”, equivale a no ser dueño de esa experiencia, que tal vez pasó al subconsciente o simplemente “pasó”. Por eso hay autores que distinguen entre “experiencia” y “vivencia”. La “experiencia” sería vivencia personal con “conciencia”: la conciencia la motiva o al menos la retiene, la procesa, la discierne y la personaliza integrándola en el propio proceso personal de vida. En cambio la “vivencia” sería más bien instintiva y pasajera: no se retiene ni se discierne, no se integra conscientemente. Las “experiencias” se integran como sabiduría y transforman positivamente a la persona, que, en ese sentido, es dueño de ellas; las “vivencias” se amontonan como anécdotas –a veces se amontonan en el subconsciente- y uno es esclavo de ellas.

Hay que tener presente que la “experiencia espiritual” no es experiencia de cualquier cosa, ni es cualquier tipo de experiencia. Es “experiencia espiritual”, y la palabra “espiritual” viene de “espíritu”. “Experiencia espiritual” o “espiritualidad” es vivir personalmente la experiencia del espíritu humano o del Espíritu de Dios, o de ambos, porque el Espíritu de Dios sólo podemos vivenciarlo o experimentarlo a través del propio espíritu humano corpóreo. Y creo que todo espíritu humano tiene esa posibilidad y que, hasta cierto punto, participa del Espíritu de Dios: lo hemos visto en buenas afirmaciones del Concilio Vaticano II. Y También que aunque una persona no crea en Dios, si es honestamente fiel a los dinamismos, energías e impulsos positivos de su espíritu humano, y activa su energía espiritual a través de las tendencias positivas de su condición humana, conecta positivamente con el Espíritu de Dios aunque no lo sepa (esto ya lo dijo Jesús, según el evangelio de Mateo 25,)

Por eso la espiritualidad o “experiencia del espíritu” puede ser simplemente humana, o puede ser vivida en una Religión, o puede ser espiritualidad cristiana. Y, en cualquiera de ellas, el espíritu (sea el espíritu humano o el Espíritu de Dios o ambos) aporta a la “experiencia” 2 cualidades singulares: 1, el espíritu humano y el Espíritu de Dios tienen

referencia esencial a la vida (son “espíritu de vida” en todas las tradiciones humanas, religiosas y en la judeo-cristiana) y afectan a la persona que vive la “experiencia espiritual” en vistas a la vida propia y ajena para construirla, cuidarla y mejorarla. 2, tanto el espíritu humano como el Espíritu de Dios vivifican y afectan a la persona en la totalidad de su ser y en cualquier tiempo, espacio y situación. La experiencia profesional, la deportiva, la artística y etc., etc., tienen sus tiempos y espacios, sus días, horas y lugares, pero la experiencia espiritual o espiritualidad no es completa si solo se vive en algunos tiempos y lugares. La “espiritualidad”, o es “espiritualidad *full time*” (todo el tiempo, como la respiración) o no es completa, entera y verdadera.

Tres principios esenciales, comunes a todas las “espiritualidades”

Por todo eso, podemos concluir señalando tres características o principios que son esenciales a toda “espiritualidad” auténticamente positiva, bien sea humana, religiosa o cristiana. Tres principios comunes que han de tener su propio desarrollo específico según se apliquen a la espiritualidad humana, o a la espiritualidad en cada Religión, o a la espiritualidad cristiana:

Primer principio: La esencial vinculación del “espíritu” con la vida (al ser el espíritu germen y fuerza de vida) impone y exige a toda “experiencia espiritual” (a toda “espiritualidad”) su esencial referencia positiva a la vida en los pueblos, en las personas y en todo ser viviente, frente a lo opuesto a la vida. Humanizar y mejorar integralmente la vida es el horizonte común a todas las espiritualidades. Siempre hay algo de “experiencia espiritual” en el hecho de vivir día a día la vida en plan positivo y solidariamente, tanto si se vive simple y coherentemente como buena persona, o si se vive también religiosamente o cristianamente.

Segundo principio: La “experiencia espiritual” o “espiritualidad” que es auténtica, tiende a integrar y a unificar el crecimiento interior y exterior o relacional de la persona, en un continuo proceso de transformación benéfica para ella y para los demás. Significa esto que la auténtica “espiritualidad” es un bien integrador para cada persona, para todos y para el universo entero.

Tercer principio: La “espiritualidad” verdadera quiere y tiende a impregnar y afectar positivamente todo el ser, el sentir, el desear y actuar de cada persona tal como es: con sus realidades, dinamismo y tendencias positivas, y también con sus realidades y tendencias negativas propias de la condición creatural humana que es fuente de limitaciones, debilidades, susceptibilidades, egoísmo y caducidad (condición que nos iguala a todos los humanos). La “espiritualidad” tiene que ver con nuestra imperfección creatural y con sus dinamismos y tendencias de maldad y muerte, y el primer objetivo de la “espiritualidad” para con nuestra imperfección es ayudarnos a reconocerla, asumirla e integrarla “positivamente” en nuestro proceso de vida, a fin de que no nos destruya, ni dañe a los demás; integrar nuestra imperfección en nuestra persona “positivamente” al servicio de la vida propia y de los demás.